El cuerpo como un territorio de memorias: hacia la construcción de paz

Doris Rocha y Alba Nely Pineda*

Resumen

Este capítulo recoge la experiencia pedagógica-investigativa desarrollada en un colegio público del sur de Bogotá. La iniciativa se centra en las vivencias de violencia de niños y niñas en el contexto familiar y social, y sus implicaciones en las relaciones que se tejen al interior de la escuela. El punto de partida de esta experiencia fue la violencia escolar entre pares, observando su forma de relacionarse y sus respuestas ante los conflictos. Algunas de las preguntas que motivaron este ejercicio fueron: ¿por qué la respuesta inicial de los niños y niñas ante un conflicto son las agresiones físicas y los insultos? ¿Son las violencias aprendizajes sociales? ¿Qué relación tienen las vivencias de violencias cotidianas con el conflicto armado? ¿De qué manera la escuela puede contribuir a la desviolentización de la vida escolar y cotidiana?

La ruta metodológica utilizada fue el taller investigativo como herramienta de intervención, entendido como "un esfuerzo por conseguir intencionalmente construcciones conceptuales y cambios en los sujetos y en sus prácticas" (Ghiso, 1999, p. 149). Este taller fue diseñado con la intención de reconocer las violencias desde las voces y vivencias de los niños y niñas, para configurar un proceso pedagógico pertinente orientado por la investigación. El objetivo fue transformar las prácticas violentas entre pares mediante ejercicios de convivencia basados en la sensibilización corporal, el diálogo, la solidaridad y los acuerdos.

Palabras clave: cuerpo como territorio de paz, violencias, género.

* Profesoras del colegio Ofelia Uribe de Acosta, ubicado en la localidad quinta de Usme, institución adscrita a la Secretaría de Educación Distrital (SED).

Introducción

Vivimos y hemos vivido en una sociedad que ha utilizado la violencia como el camino para la resolución de los conflictos familiares, escolares, sociales y políticos; violencia que se legitima y naturaliza sin hacer distinciones. Somos constantemente sujetos atravesados por múltiples ejercicios de violencia, que van desde el uso del lenguaje hasta el empujón, el golpe, la tortura, la desaparición, el asesinato, la masacre, el hambre y el destierro. Son incontables las formas que se han creado y recreado para ejercer la violencia como un ejercicio de poder que somete al que se considera más débil.

Es por ello necesario analizar las causas y circunstancias en las que se presentan estas violencias y, de este modo, no seguir cayendo en el error de comparar o poner en la misma dimensión una masacre que un golpe. Las diferencias se enmarcan en los intereses que llevan a uno u otro actor a recurrir a formas de violencia para lograr objetivos de tipo económico, militar, de control de territorios y políticos, asociados a las formas de violencia que se dan en el contexto familiar. En este último caso, se ha mantenido una forma de poder patriarcal que, además, establece límites jerárquicos entre la infancia y la adultez.

Descripción de la experiencia

La experiencia que se describe a continuación se llevó a cabo en el colegio Ofelia Uribe de Acosta, ubicado en la localidad quinta de Usme, entre 2018 y 2019, con niños y niñas de cuarto y quinto de primaria de la jornada de la tarde. Usme es una de las localidades consideradas receptoras de población víctima del conflicto armado, especialmente por desplazamiento. La mayoría de personas en esta situación provienen de los departamentos de Tolima, Huila, Meta, Caquetá, Cundinamarca, Antioquia y Nariño. Las Unidades de Planeamiento Zonal (UPZ) en las que más se reporta población víctima son Comuneros y Gran Yomasa (Alcaldía Usme, 2017). Además, presenta problemáticas estructurales que indican un alto nivel de vulnerabilidad social y económica de la mayor parte de las familias.

En relación con el estrato socioeconómico, "se tiene que del total de hogares de Usme para el 2011, el 52,0 % se encuentra en el estrato bajo, el 45,8 % en el bajo-bajo y el 2,2 % clasificado sin estrato" (Secretaría de Planeación Distrital, 2011, p. 72). Y, en cuanto a los procesos educativos, esta misma entidad sostiene que "las tasas de analfabetismo más altas son: Usme (3,6 %), Ciudad Bolívar (2,9 %) y San Cristóbal (2,8 %)" (p. 83).

Según un estudio del Hospital de Usme (2016), los tipos de violencia que mayormente se presentan son violencia intrafamiliar, maltrato infantil y delitos sexuales:

> El mayor porcentaje de víctimas de violencia corresponde a la mujer con el 70,08 % (1565 casos), residentes en UPZ gran Yomasa con el 21,67 % (484 casos), seguido de la UPZ Comuneros con el 20,15 % (450 casos) y Alfonso López con el 13,79 % (308 casos). También se reconoce que los niños y las niñas presenta el mayor porcentaje de afectación con el 48,05 % (1073 casos), seguido de los jóvenes con el 19,30 % (431 casos). (Hospital de Usme, 2016, p. 68)

Existe evidencia de que niños y niñas están expuestos a vivir experiencias de violencia asociadas con el contexto social y familiar desde muy temprana edad. Esto permite establecer una relación directa con las formas en que ellos y ellas enfrentan situaciones de violencia en el contexto escolar, lo que nos acerca a comprender el fenómeno de las violencias cotidianas como aprendizajes sociales.

Las vivencias de violencia de niños y niñas en el contexto familiar y social cercano se replican en la escuela. Diariamente, los y las docentes se enfrentan a intervenir en conflictos entre estudiantes que incluyen ejercicios de violencia como empujones, insultos, golpes, patadas, invitaciones a pelea y el uso de medios electrónicos para amenazar, conocido como ciberacoso.

De allí la importancia de visibilizar este fenómeno en el contexto escolar con niños y niñas de primaria, un asunto imprescindible para los pedagogos que consideran la educación como un proceso que va más allá de los contenidos. La apuesta radica en la formación de sujetos críticos, respetuosos y cuidadores de las relaciones consigo mismos y con los demás. Si bien existen numerosos trabajos que abordan esta problemática, sigue siendo crucial destacar las particularidades de los territorios y las iniciativas locales para enfrentarla. Esto con el objetivo principal de construir la tan anhelada paz desde los territorios, incluyendo en la reflexión el cuerpo como un primer territorio, desde donde se ejerce y sobre el que se ejercen múltiples violencias. Se trata de cuerpos marcados no solo por las violencias, sino también por la raza, el género y la clase social, entre otras matrices de dominación.

La violencia en nuestro país se ha convertido en un eje estructurador y desarticulador de las relaciones sociales, resultado del ejercicio histórico de la violencia desde el Estado, que ha dado origen a otras formas de violencia como el conflicto armado. Tantos años de guerra han dejado profundas heridas y marcas, no solo en la memoria, sino también en los cuerpos.

El entramado de violencias —la de las armas, la estructural, la de género, la familiar y la social— se conjuga para formar un universo que afecta y modifica la vida individual, familiar, escolar, social y organizativa en nuestro país. Las consecuencias que estas traen, y las diferentes lógicas que se imponen sobre

cuerpos marcados por el género, la raza y la clase social, "develan las estructuras sociales de poder" más amplias (Curiel, s.f., p. 7).

En la cotidianidad escolar, estas violencias se manifiestan a través de la agresión física y verbal. Ante cualquier malentendido o conflicto, los niños y niñas suelen responder con puños, patadas e insultos, estableciendo alianzas para agredir o defenderse. No han interiorizado estrategias de reflexión y análisis sobre las situaciones de conflicto; la respuesta inmediata es infligir dolor al otro para compensar su propia rabia.

En el caso de los niños, el uso inadecuado del lenguaje, con términos como "gay", "roscón", "marica", "nena" o "homosexual", se asimila como insultos que cuestionan las representaciones hegemónicas de la "hombría". Los comportamientos violentos se observan más en escenarios de juego y competencia, donde hacen esfuerzos para demostrar ser el mejor, el más fuerte o el "duro", buscando reconocimiento social. En esta búsqueda se generan conflictos y disputas por ese lugar de prestigio, dando lugar a peleas y ofensas que desvalorizan las destrezas de otros con expresiones como "mal jugador", "maleta", "no sabe nada", "bobo" o "usted no participa porque no sabe jugar". De esta manera, algunos niños son discriminados y excluidos de los juegos en los espacios de recreación.

En las niñas, por su parte, ofensas verbales como "perra", "zorra" o "prostituta" buscan menoscabar su autoestima y dignidad a través del chisme, los insultos y las burlas sobre su aspecto físico. La violencia física entre niñas se dirige hacia partes específicas del cuerpo, como el rostro y el cabello, que forman parte de la construcción social y cultural de la belleza como parámetro de aceptación.

En los juegos, los estudiantes recrean situaciones del contexto social y familiar relacionadas con la violencia, como modelos de vida asociados a la delincuencia, el uso de pistolas hechas de papel o madera, y armas improvisadas con botellas o esferos. También actúan como testigos directos de violencia ejercida contra mujeres y contra ellos mismos en el ámbito familiar.

Por estas razones, los esfuerzos de esta propuesta se encaminaron, principalmente, a sensibilizar a los participantes sobre la importancia de asumir una actitud respetuosa en las relaciones de cuidado y autocuidado. Este enfoque se entiende como un eje central para acercarse a la noción del cuerpo como territorio de paz. Lo anterior se sustenta en la idea de que, si la escuela quiere contribuir a hacer realidad la paz en la vida cotidiana del país, es necesario aprender y enseñar a:

- Reconocer el conflicto como realidad inherente al ser humano y desarrollar formas creativas, democráticas y pacíficas de tramitarlo.

- Promover escenarios de reconocimiento de la diversidad desde una perspectiva de género.
- Mejorar las relaciones interpersonales entre pares.
- Formar sujetos empoderados y comprometidos con la paz y la convivencia familiar, escolar y social.

Uno de los instrumentos utilizados para acercarse a esta realidad fueron los relatos y dibujos, mediante los cuales niños y niñas narraron sus vivencias y experiencias de violencia en los contextos en los que se desenvuelven. Se consideraron noventa y cuatro relatos breves que resultaron ser una fuente significativa de información, ya que, a través de las voces de sus protagonistas, se lograron descifrar sentidos y significados atribuidos a sus vivencias de violencia, tanto familiar como escolar. Asimismo, estos relatos contribuyeron al análisis comprensivo de las causas o detonantes de dichas violencias.

Como lo afirma Denzin (2015), estos relatos permitieron "[…] describir lo que sucedió, expresar emociones, pensamientos e interpretaciones". Los relatos pueden clasificarse según los contextos en los que las narraciones se sitúan: el barrio, la familia o la escuela.

El papá que tomaba mucho. Francisco y todos los negros

Había una vez un papá que estaba tomando donde la tía, una vez un negro llega con un palo y sin culpa le pegó a Francisco, y Francisco sacó la patecabra y se defendió, el negro dijo: mátalo, y todos los negros sacaron palos, martillos, palos con puntillas y sacaron machetes, bates y muchas cosas más. La esposa y la hija de Francisco dijeron: auxilio, a mi papá lo van a matar. Una prima dijo: hagamos una cadena, todos hicieron la cadena y el tío sacó una pistola y se la metió en los bóxer y la sacaba y la metía en la puerta. Colorín colorado este cuento se acabado.

Relato, estudiante de grado cuarto.

La pelea de mi tío.

Una vez mi tío estaba en el parque tomando con mi otro tío y yo estaba jugando con mis hermanos y primos, y unos muchachos le pegaron a la moto de mi tío y mi tío le dijo que no le pegara a la moto. Y el muchacho le dijo que si se iban a pelear por la moto y mi tío dijo pues s*í. Y* mi tío nos dijo que nos fuéramos para la casa y a mi tío le pegaron en la frente y se le hizo un gueco y cogieron un taxi y se lo llevaron para el Cami y le cogieron puntos.

Relato, estudiante de grado cuarto.

Dos ñeros estaban en la montaña; tenían escopetas y yo estaba comprando una empanada, y empezaron a dispararle a un señor en ambas piernas.

Relato, estudiante de grado quinto.

Como se evidencia en los relatos anteriores, niños y niñas están en contacto directo con el ejercicio de la violencia para resolver los conflictos en su vida diaria. La violencia se naturaliza y pasa a formar parte de las maneras de relacionarse en la familia y con los vecinos. El lenguaje, las agresiones físicas y el uso de armas son parte de las situaciones descritas, a las cuales niños y niñas son arrastrados como espectadores o víctimas. En algunos casos, la violencia se asume como la única salida, arraigándose en la cultura, naturalizándose y legitimándose como método para la supervivencia, la resolución de conflictos y la educación.

Por ello, es crucial abordar esta problemática no solo con niños y niñas, sino también con padres y madres, promoviendo la transformación y resignificación de prácticas aprendidas que favorecen el uso de la violencia en la convivencia. Aunque esta tarea es compleja, constituye un primer paso hacia el reconocimiento del otro como sujeto de derechos y hacia la construcción de la paz como base de la convivencia.

La manera en que padres y madres se relacionan en su entorno familiar y social sirve como espejo para que niños y niñas repliquen esas conductas en el espacio escolar. Los detonantes de los conflictos pueden parecer incomprensibles, y en muchos casos no es claro por qué escalan. Al indagar sobre las razones de las agresiones, las respuestas suelen incluir frases como: "Mi papá o mi mamá me dijeron que no me dejara", "Que si me pegan, que pegue", "Que no me la deje montar". Otras veces, los conflictos surgen por la falta de reglas claras en los juegos, lo que desemboca en agresiones, o por la competencia entre niños y niñas que quieren imponerse como "líderes" para ganarse el "respeto de los demás", generando miedo entre sus pares.

> … "Profe, mire que D me pegó y me dijo hijueputa, marica"
>
> ... "yo no le pegué, le toque la cara, y lo insulté porque él también me insultó"
>
> … "Profe, mire que D me dijo que me iba a totiar"
>
> ..."Mis padres son muy peliones". "Cuando yo tenía 5 años, mi papá le pegaba a mi mamá y después yo cumplí los 6 años y yo me fui a vivir con mi mamá, y después volvieron los dos juntos y después yo me fui con mi papá a vivir".

La violencia: una realidad narrada a través de las voces de los niños y niñas

El interés de asumir el cuerpo como construcción social y cultural encuentra en la escuela un escenario para entenderlo y complejizarlo. Cabra y Escobar (2014) lo definen como "un primer territorio [que] se convierte en un lugar de

indagación; en últimas es un territorio de significación constituido por una serie de marcas y huellas que se evidencian a la manera de signo producido colectivamente" (p. 139). Nuestro trabajo buscó contribuir a resignificar el cuerpo como territorio de paz y no de violencias, tal como lo viven niños y niñas, atendiendo a la interpretación de sus voces en relatos y vivencias frente a las situaciones que enfrentan.

La familia, como primer espacio de socialización, es determinante. Es el primer referente social y cultural que marca profundamente la trayectoria de vida de los seres humanos. "El cuerpo se configura como un lugar donde la violencia se materializa, una especie de mapa desde el cual es posible leer las experiencias de violencia" (Cabra y Escobar, 2014, p. 139). Estas experiencias dejan en los cuerpos de los niños y niñas marcas, recuerdos e imágenes sensoriales que la escuela debe analizar. Estas marcas se manifiestan en forma de miedo, agresión, rabia y dolor.

Lamentablemente, la institución escolar tiende a invisibilizar estas emociones, priorizando contenidos formales y manteniendo una visión del niño o niña como un sujeto a controlar, disciplinar y vigilar, dejando de lado las emociones y sentimientos que traen de sus hogares. Por ello, es necesario que la escuela adopte una perspectiva que enfatice el manejo de las emociones y sus causas, desarrollando un trabajo conjunto e interdisciplinario que contextualice las vivencias de niños y niñas, partiendo de ellas para dar solución a los conflictos y trabajar en la construcción de una paz colectiva.

La construcción de una paz colectiva implica formar ciudadanías críticas y comprometidas, capaces de comprender las causas de los conflictos y sus posibles soluciones. Esto requiere una sociedad que valore la alteridad y la tolerancia como bases de la convivencia democrática y que asuma la paz como un derecho fundamental "el sentido de la escuela está en ayudar a edificar el Derecho a la Paz para vivir en ella y con ella" (González, 2016, p. 137).

Asimismo, para los efectos de este trabajo, entendemos el género como una construcción social y cultural que impone un modelo de ser hombre o mujer en la sociedad según el sexo biológico. Desde el momento del nacimiento, se activan una serie de dispositivos sociales y culturales destinados a construir ese ser hombre o mujer.

La diferenciación biológica y anatómica ha servido como excusa para regular la vida de hombres y mujeres, estableciendo lugares, espacios, roles, comportamientos y funciones. Cada época histórica ha construido, a partir de la diferencia biológica, un ideal de hombre y de mujer.

De esta manera, comprendemos el género como una categoría de análisis histórico y relacional. Esta permite entender cómo, social y culturalmente, se ha legitimado a lo largo del tiempo la desigualdad social entre hombres y mujeres "por agentes e instituciones que concurren permanentemente a asegurar las permanencias históricas, como son la iglesia, el Estado, la escuela y la familia" (Bourdieu, 2000, p. 105).

El género y la violencia son dos relaciones problemáticas que se configuran en espacios y lugares comunes: el cuerpo, la escuela y la familia. La inquietud no se limita al puñetazo, al empujón, al insulto o a las actitudes de desprecio que se viven en la escuela; aunque estos son indicios de las formas en que niños y niñas están aprendiendo a desenvolverse en la sociedad, la preocupación también se extiende al hogar y al contexto social. Lo que ocurre en la casa y en la calle tiende a reproducirse en la escuela.

A modo de conclusiones

Las violencias, las relaciones de género y la comprensión del cuerpo como territorio de paz nos permiten entender la reparación simbólica más allá del conflicto armado, como una estrategia orientada a construir paz y desarticular las relaciones familiares y sociales violentas. Esto implica sembrar conciencia en niños y niñas acerca de las consecuencias de sus actos y enseñarles cómo enfrentarlas cuando infligen o causan daño a los demás.

El momento que vivimos como país requiere un gran esfuerzo para avanzar hacia la construcción de una paz estable y duradera. Es necesario poner en discusión la problemática de las violencias invisibles, que generan deshumanización, causan dolor y dejan marcas imborrables en la memoria de quienes las sufren, debido a la falta de espacios para la discusión, la sensibilización y la escucha. Por un lado, estas violencias siembran en las personas sentimientos de venganza; por otro, se validan como métodos para alcanzar fines personales, prestigio y poder.

Estas violencias invisibilizadas son también producto del modelo de sociedad impuesto, donde impera la ley del más fuerte y prevalecen las injusticias sociales. Este modelo ha dado forma a violencias organizadas que disputan el poder con las élites dominantes y han dejado miles de víctimas, evidenciando el horror y la crueldad que el ser humano puede alcanzar en la defensa de sus intereses.

Lo más preocupante es cuando la violencia se convierte en costumbre y la indiferencia social crece aún más. En este contexto, la escuela no puede simplemente darle la espalda a esta realidad, que afecta física, emocional e intelectualmente a nuestros niños y niñas. Es urgente que la escuela se sintonice

con las demandas sociales, abriendo sus puertas a la diversidad, la libertad de pensamiento, la inclusión, el respeto por todas las formas de vida y la erradicación de prácticas pedagógicas arbitrarias que también han utilizado la violencia como herramienta para ejercer disciplina y autoridad docente.

Aunque estamos lejos de grandes transformaciones culturales, la tarea es inaplazable. Este trabajo nos llevó a repensar nuestras prácticas y reflexionar sobre nuestro papel como docentes de la educación pública. Implicó cuestionarnos, acercarnos a la cotidianidad de nuestros estudiantes y enfrentar, junto con ellos, sentimientos de dolor, rabia y, en ocasiones, impotencia. Al mismo tiempo, nos permitió soñar con la posibilidad de transformar desde lo micro, desde nuestros territorios más cercanos, y traer la corporalidad al aula, no como un instrumento de regulación y disciplina, sino como un recurso con todo su potencial creador. Por ello, nos motivamos a dibujarlo, recorrerlo, explorarlo, conocerlo y resignificarlo como territorio.

Esta tarea se centró en cimentar los conceptos de autocuidado, cuidado del otro/a y la comprensión de que no es necesario ser víctima para construir paz. Al reflexionar sobre la justicia y los Derechos Humanos, considerando las consecuencias de nuestros actos y la reparación, y tomando como referente el cuerpo como territorio de paz, se dio un paso hacia la construcción de memorias que permitieron visibilizar situaciones indignantes. Específicamente, se avanzó en la expresión abierta de emociones y sentimientos, en la escucha de sus historias y en la reflexión en torno a ellas. Esto contribuyó a reducir, en parte, los niveles de violencia dentro de la escuela, al poner en práctica diversas maneras de solucionar los conflictos a través del diálogo y la concertación.

El desarrollo de los talleres investigativos permitió, mediante las cartografías corporales, indagar sobre las percepciones que tenían niños y niñas acerca de los conceptos de violencia, paz y cuerpo como territorio de paz. La pregunta orientadora fue: ¿de qué manera perciben y viven estos conceptos en sus contextos familiar, escolar y social? Generalmente, la rabia, el dolor, la tristeza y el asco fueron sensaciones que visibilizaron las violencias a las que están expuestos, expresadas a través del cuerpo. Estas son voces que no callan y que de manera latente buscan ser escuchadas. Esta es la tarea de la escuela: visibilizar y luego reflexionar como una forma de reparación simbólica a través de la palabra.

El arduo trabajo de la escuela requiere una pedagogía de la memoria que indague, reflexione y transforme la justicia punitiva en una restaurativa. Esto debe partir del trabajo y actualización de los manuales de convivencia escolar, reforzando la solidaridad, el respeto por el otro/a, la cooperación, la autonomía y el valor de la dignidad. Asimismo, invita a dejar de lado el egoísmo, la intolerancia

y la agresividad, fomentando la apertura de espacios de concertación en los que la empatía sea la base de la comunicación asertiva.

Referencias

Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Anagrama.

Cabra, A. N. y Escobar, C. M. (2014). *El cuerpo en Colombia. Estado del arte cuerpo y subjetividad*. Universidad Central; Instituto para la Investigación Educativa y el Desarrollo Pedagógico.

Curiel, O. (s. f.). *Género, raza, sexualidad: debates contemporáneos*.http://www.urosario.edu.co

Denzin, N. (2015). *Manual de investigación cualitativa* (Vol. IV). Gedisa.

Ghiso, A. (1999). Metodologías, métodos, técnicas. Acercamientos: el taller en procesos de investigación interactivos. *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas, 5*(9), 141-153. http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=31600907

González, J. I. (2016). *Escuela, conflicto y paz: dieciséis claves para la acción del maestro en el posconflicto*. Rocca S.A.

Hospital de Usme I nivel, E.S.E. (2016, 12 de abril). *Diagnóstico Local 2014: Usme*. http://www.saludcapital.gov.co/DSP/Diagnsticos%20distritales%20y%20locales/Local/2014/5_DiagnosticoLocal2014_Usme_12Abril2016.pdf

Secretaría de Planeación Distrital. (2011). *21 monografías de las localidades. N. 5 Usme*. Alcaldía Mayor de Bogotá.